



Universidad Católica de Valencia
San Vicente Mártir

SANTO TOMÁS DE AQUINO COMO MODELO DE “MÍSTICO UNIVERSITARIO”

Fr. Moisés Pérez Marcos, OP



Universidad Católica de Valencia
San Vicente Mártir

SANTO TOMÁS DE AQUINO COMO MODELO DE “MÍSTICO UNIVERSITARIO”

Fr. Moisés Pérez Marcos, OP

28 de enero de 2017

2017
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALENCIA
SAN VICENTE MÁRTIR

© Fr. Moisés Pérez Marcos, OP
© Universidad Católica de Valencia, de esta edición

Impreso en Gráficas Nasve, S.L.
Correo: nasve@nasve.com

SANTO TOMÁS DE AQUINO COMO MODELO DE “MÍSTICO UNIVERSITARIO”

Fr. Moisés Pérez Marcos, OP

I.- INTRODUCCIÓN: BUSCANDO LUZ ANTE LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD

¿Para qué universidades? En una época en la que todo parece estar en crisis la institución universitaria no es una excepción. No me refiero a los problemas que las universidades tienen para mantenerse económicamente, ya sean públicas o privadas, sino a la crisis que la propia idea de la universidad está sufriendo. Son muchos los que se preguntan si esta institución, que cuenta ya con casi novecientos años de historia a sus espaldas, no estará ya desfasada. En un mundo globalizado en el que la información circula sin problema de una esquina a otra del planeta, en el que los grandes poderes económicos controlan y dirigen las grandes líneas de investigación y en el que parece reinar un extraño escepticismo con respecto a la razón, ¿para qué universidades? La universidad parece a veces haber perdido su contacto con la sociedad, a la que se supone que sirve. Y cuando no lo ha perdido, se limita a formar profesionales que, por desgracia, no siempre encuentran luego un puesto de trabajo a la altura de su formación.

La crisis de la universidad es, sobre todo, una crisis de identidad cuyas causas y características no puedo detenerme a analizar ahora. Prefiero, en vez de fijarme en el aspecto negativo, intentar buscar luz que pueda orientar nuestro caminar hacia el futuro. Y por increíble que parezca, creo que esa luz puede venir del pasa-

do, aunque tengamos que matizarla o adaptarla con distintas lentes a nuestra época. En esta búsqueda de orientación, podemos acudir al espíritu que animó a la universidad en sus inicios. Allá en la Baja Edad Media, como desarrollos de las escuelas catedralicias y palatinas, surgieron por toda Europa, primero tímidamente, pero después con gran fuerza, las universidades. Asumiendo el riesgo de excesiva simplificación, pero queriendo ser fieles a la realidad, podemos convenir en que la universidad nació como una *comunidad de buscadores de la verdad*. “Comunidad”, “buscar” y “verdad” son palabras desgraciadamente amenazadas en nuestro mundo. Frente a la comunidad se alza el *individualismo* feroz, que mutila la realidad del ser humano, encerrándolo en los estrechos límites de sí mismo. Frente a la búsqueda se alzan los *fundamentalismos* de distinto cuño, que dicen poseer ya toda verdad posible, llegando a veces hasta la violencia y el asesinato para demostrarlo. Frente a la verdad se alza la *mentira*, no solamente la mentira abierta y descarada, sino la mentira sutil, aquella basada en una concepción demasiado estrecha de la razón, una concepción reduccionista, que la cierra sobre sí misma y la convierte en una ideología.

A veces se ha presentado la Edad Media como una época oscura. Y no cabe duda de que hay momentos de oscuridad en todas las épocas. El transcurso del siglo XX no ha sido precisamente escaso en ejemplos que han engordado los macabros anales de la historia de la infamia. Aunque con sus oscuridades innegables, la Edad Media es también la época de las catedrales góticas, de la música polifónica, de las sumas teológicas y, por qué no decirlo, del tenedor. Un tiempo que ve nacer estas maravillas no puede catalogarse de modo simplista y unilateral como oscuro. La sociedad cristiana medieval comprendió que era necesario crear una institución dedicada al estudio, que era necesario que ciertas personas tuviesen como principal tarea la de la investigación y la enseñanza. La Europa cristiana reescribirá su estructura social para que al lado de los *oratores*, los *bellatores* y los *laboratores* tuviesen cabida los hombres dedicados al *studium*. El cristianismo medieval supo ver con acierto en el estudio y la investigación una fuerza capaz de transformar a las personas y capaz, en último término, de cambiar el mundo *humanizándolo*.

Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), fundador de la Orden de Predicadores, fue un universitario. Gracias a sus estudios en Palencia, una de las primeras universidades del mundo, conoció de

primera mano las inmensas posibilidades que había en la idea de la universidad. Por eso mandó a sus primeros compañeros a estudiar a las universidades más importantes del momento. Es asombrosa la semejanza que existe entre los colegios universitarios y los conventos de los frailes predicadores. Ambos se estructuraban como comunidades de personas que oran, estudian, enseñan y predicán. No es una semejanza casual. La universidad medieval perseguía la verdad para el bien del hombre. La Orden de Predicadores tenía como lema la palabra “veritas”, y se había fundado “para la predicación y la salvación de las almas”¹. Los frailes estudiaban, y lo hacían, como ocurre hasta nuestros días, para “ser útiles a las almas de los prójimos”².

Esta coincidencia entre el propósito de la universidad y la Orden de Predicadores es la responsable última de que algunos dominicos ostenten el honor de ser patronos de grandes ramas de las enseñanzas universitarias. San Raimundo de Peñafort, patrono de los juristas; san Alberto Magno, patrono de los científicos; y cómo no, santo Tomás de Aquino, patrono de todas las universidades y centros católicos³. Los dominicos, al mismo tiempo que extendían la Palabra de Dios por el mundo, fundaron muchas universidades. Las primeras universidades de Manila, República Dominicana, La Habana, Lima y Colombia, por ejemplo, fueron fundadas por frailes dominicos.

Santo Tomás de Aquino, cuya fiesta y patronazgo celebramos hoy, fue un fraile profundamente comprometido con la universidad. En él, la vocación universitaria y la dominicana vinieron a coincidir y armonizarse perfectamente. Santo Tomás estudió y enseñó en París y Nápoles, que destacaban como centros culturales de su tiempo. Enseñó también en Colonia, Roma y Viterbo.

Dentro de su talante universitario me gustaría incidir hoy en un aspecto tradicionalmente marginado de la vida de santo Tomás. Me refiero al hecho de que nuestro patrono era un místico. Si se olvida esta dimensión de su figura, se corre el riesgo de no comprender adecuadamente, no ya su persona, sino su implicación en la universidad y su inmensa obra teológica y filosófica. Resaltar la figura de santo Tomás como “místico universitario” puede ayudarnos no

1 *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de los Frailes de la Orden de Predicadores*, Constitución fundamental, § I.

2 *Ibid.*, 77, § I.

3 Fue León XIII quien lo declaró tal, un 4 de agosto de 1880, en el Breve *Cum hoc sit*.

solamente a comprender mejor quién fue, sino a seguir adecuadamente el ejemplo de vida que con él nos propone la Iglesia. Esa es la razón última de que santo Tomás sea el patrono de las escuelas y universidades católicas: no solamente destacó por su ciencia, sino que destacó sobre todo por su experiencia de Dios. Más aún: porque su experiencia de Dios fue la de un místico, precisamente por eso, destacó por su ciencia. Permítanme, entonces, que nos adentremos en la experiencia del místico de Aquino. En esta experiencia intentaremos buscar luz para reflexionar sobre algunos aspectos de la identidad de la universidad católica.

II-. TOMÁS DE AQUINO: UN INTELLECTUAL FRÍO, INCAPAZ DE DIOS

Alguien puede pensar: ¿es que acaso se puede decir que un hombre como Tomás de Aquino era un místico? Solemos conocerle como un teólogo, como un pensador riguroso, más que como un autor espiritual. Hay quienes han cuestionado, incluso, que se pueda hablar propiamente en él de experiencia de Dios. Adrienne von Speyr (1902-1967), por ejemplo, tuvo unas visiones sobre santo Tomás que reflejaban una percepción muy negativa a este respecto. Dice von Speyr:

Dios es para él un concepto, algo que analizar, que desmontar y volver a montar otra vez... ahí no hay amor. Todo se queda en lo intelectual⁴.

Señala además que para él la oración es:

como una disputa con Dios o como una conversación erudita. Pero no deja que Dios hable. Todo se queda en un monólogo. [...] Es como si el amor quedase atascado en el ajetreo del pensamiento. [...] En él todo está finalmente subordinado al intelecto. [...] Siempre que le es posible, contempla las cosas para que encajen con el trabajo que esté haciendo en ese momento. Aquí también, él es el que conduce a Dios, por así decir, en vez de dejarse conducir por Dios. Le falta una cierta magnanimidad. Contempla, por así decir, con la pluma en la mano. Pero entonces Dios tiene misericordia de él y le da parte en la contemplación genuina⁵.

En definitiva, para von Speyr, Tomás de Aquino es un hombre en el que la disciplina racional ha anulado toda posible experiencia auténtica de Dios. Su inteligencia se impone al misterio divino aho-

4 Adrienne VON SPEYR, *The Book of All Saints*, vol. 1, San Francisco, 2008, p. 241.

5 *Ibid.*, pp. 240, 241 y 365.

gándolo, asfixiándolo, impidiéndole que se manifieste. Por decirlo de alguna manera, el intelectual habría arruinado al místico. Si Tomás de Aquino ha dicho algo verdadero sobre Dios debe ser, a lo sumo, porque el Creador ha tenido misericordia de él y le ha concedido, como dice von Speyr en otro texto, “una exigua experiencia subjetiva de la gracia”⁶.

Puede que en el juicio tan negativo e injusto de Speyr esté presente, sin embargo, alguna verdad. En primer lugar, quizá esta mujer, como nos puede ocurrir también a nosotros, está abrumada por el gran legado teológico y filosófico del Aquinate: sus obras, escritas con rigor científico, parecen, como decía cierto profesor de filosofía medieval, un “sistema esclerotizado”, especialmente si las comparamos con el vitalismo y la espontaneidad que respiran los textos de un san Agustín, por no decir los de una santa Teresa de Jesús o un san Juan de la Cruz. Pero hemos de tener en cuenta que los escritos responden a un contexto para el que son ideados: Tomás de Aquino los escribió con el género literario habitual en las universidades del siglo XIII, género que, por cierto, perfeccionó, llevándolo a su cumbre expresiva. Juzgar negativamente a Tomás de Aquino porque sus textos tienen un rigor científico al que la teología no quiso renunciar después durante siglos, es injusto. Y compararlos con los escritos poéticos de san Juan de la Cruz es un error categorial, porque pertenecen a géneros literarios diferentes, buscan cosas distintas y han sido concebidos para utilizarse de modos muy dispares.

En segundo lugar, puede que von Speyr esté juzgando negativamente a santo Tomás por lo que, de hecho, fue la escolástica posterior, donde es posible que sí se haya dado esa esclerotización de la que hablaba antes. Cuando el tomismo se convirtió en una maquinaria férrea de producir respuestas infalibles para cualquier pregunta que uno se pudiese plantear, entonces sí, podíamos tener la sensación de que el mecanismo intelectual había llegado a aplastar al Espíritu. Pero culpar a santo Tomás de lo que hicieron con su pensamiento sus epígonos cientos de años después es manifiestamente injusto, y, por supuesto, no nos ayuda a acercarnos a la experiencia de Dios del Aquinate.

Afortunadamente, el propio pensamiento de santo Tomás, pero también otros textos suyos que conservamos –como sermones u oraciones–, y por supuesto los testimonios personales de quienes le conocieron, nos dan criterios suficientes para criticar la imagen

6 *Ibid.*, p. 363.

que von Speyr nos ofrece del Aquinate. En base a estos testimonios podemos descubrir, si miramos con suficiente atención, que en Tomás de Aquino late un deseo de Dios digno de los más grandes místicos. Un deseo que, además, encontró su cauce adecuado de desarrollo en la universidad⁷.

III-. RAZÓN Y FE SE NECESITAN... Y HACE FALTA HUMILDAD

Las críticas de von Speyr suponen, en el fondo, que la razón y la fe son incompatibles, o al menos parecen dar a entender que a partir de cierto grado de desarrollo racional la fe se hace imposible. Es curioso, porque muchos ateos están de acuerdo con esta idea. Sin embargo, es más correcto decir que las que son incompatibles no son la razón y la fe, sino la soberbia y la fe, la falta de humildad y la fe. También son incompatibles, por supuesto, la razón y las degradaciones de la fe, como son es el fundamentalismo.

Para santo Tomás la fe y la razón no solamente son compatibles, sino que no habría fe sin razón. Quizá es un ejemplo trivial, pero ilustrativo: las piedras, o los perros, o los seres irracionales no son capaces de la fe. La razón, por lo tanto, no solamente no hace imposible la fe, sino que es *conditio sine qua non* de la misma. Como dice Chesterton, cuando entramos a la iglesia nos quitamos el sombrero, no la cabeza. Insisto, lo que dificulta la experiencia de Dios no es la razón, sino la soberbia, y para ser soberbio no hace falta ser inteligente. Más bien suele ser el caso el contrario: el tonto y el necio son quienes se muestran soberbios. Como dice Tomás de Aquino en su comentario al evangelio de san Mateo, “la humildad es lo que hace a un hombre capaz de Dios”⁸.

7 Esta dimensión espiritual o mística de la figura de santo Tomás de Aquino empieza a ponerse de manifiesto y a ser explorada por algunos de sus más relevantes estudiosos contemporáneos. Marie-Dominique Chenu, a mediados del siglo pasado, no dudó en incluirlo entre los “maestros espirituales” (cf. *Saint Thomas d'Aquin et la théologie*, Paris, 1959). Más recientemente Jean-Pierre Torrell ha dedicado un libro entero a exponer el pensamiento y la actitud del Aquinate desde la perspectiva espiritual (cf. *Saint Thomas Aquinas*, Vol. 2: *Spiritual Master*, Washington, The Catholic University of America Press). Sixto J. Castro ha traducido hace poco, para la Editorial san Esteban, una obra de Paul Murray que explora la dimensión orante y mística de santo Tomás a través de un estudio de sus composiciones poéticas y de algunos de sus comentarios bíblicos (cf. *Tomás de Aquino orante. Biblia, poesía y mística*, Salamanca, San Esteban, 2014). Soy deudor de muchas de las ideas de estos investigadores dominicos.

8 *In Mtt. Ev. Exp.*, cap. 11, Parma vol. 10, p. 114.

IV. LA SOBERBIA DEL RACIONALISTA, DEL LOCO: PERDER TODO MENOS LA RAZÓN

Una de las manifestaciones de la soberbia es la del que piensa que no hay más que lo que su razón puede comprender. El problema de algunas personas muy inteligentes no es que lo sean, sino que pueden correr el riesgo de olvidarse de otras dimensiones de su vida. Para citar otra vez a Chesterton, que por cierto era un ferviente admirador de santo Tomás, el loco no es el que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo menos la razón. Tomás de Aquino, sin embargo, era muy consciente de los límites de la razón, y por supuesto pensaba y creía que había más cosas de las que su razón podía comprender. Se le puede atribuir perfectamente aquello que Hamlet le dijo a Horacio: “hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que tu filosofía puede comprender”. Al comienzo del libro IV de la *Suma contra gentiles* santo Tomás hace una especie de reflexión sobre las cosas que ha estado examinando racionalmente. Comienza el capítulo con una cita del libro de Job, que dice: “He aquí que esto que se ha dicho es una parte de sus caminos; y si apenas hemos oído una pequeña gota de lo que de él se puede decir, ¿quién podrá comprender el trueno en su grandeza?” (Job 26,14). Santo Tomás compara lo que sabemos por la razón, e incluso lo que conocemos por revelación, con esa gota que, al lado de la inmensa tormenta que es Dios, resulta minúscula. “Con toda precisión –dice santo Tomás– añade [Job el adjetivo] *pequeña*”⁹.

Para santo Tomás, el *lógos* humano tiene sus límites, pero también la asombrosa capacidad de participar del *Lógos* divino. De hecho, la fe es algo así como el movimiento por el cual se trasciende la limitación natural del *lógos* humano. En virtud de ese movimiento de trascendencia, la razón humana puede llegar a participar de cosas que son mayores que ella, puede llegar a vislumbrar algo del *Lógos* divino. Dicho de otra manera: la fe es la virtud mediante la cual, con la ayuda de la gracia y movido por la voluntad, el ser humano es capaz de abrir su razón y su inteligencia al misterio de Dios. La fe no solamente no es enemiga de la razón, sino que es como el fruto maduro al que tiende. La meta más elevada de la razón humana parece ser, para la mística del Aquinate, esta: ir más allá de sí misma hasta las cosas divinas. Por eso, cualquier conflicto entre la razón y la fe será solo aparente. Razón y fe tienen un mismo origen, que es

9 *Suma Contra Gentiles* IV, 1.

Dios, y un mismo objeto, que es la Verdad (que en último término es también Dios). Ambas colaboran, se corrigen mutuamente y se enriquecen la una a la otra para que así el hombre pueda conocer el bien que le es propio. Razón y fe son las dos facultades que capacitan al hombre para conocer, desear y perseguir, —mediante el conocimiento y el amor— la plenitud humana, la bienaventuranza.

V. LA NATURALEZA EXPERIENCIAL DE LA TEOLOGÍA: NACE DEL AMOR E INCREMENTA EL AMOR

La teología, actividad principal de toda su vida, es para santo Tomás una actividad propiamente experiencial. Es decir, no se trata solamente de un ejercicio del intelecto, de una tarea de la inteligencia, sino que implica a la persona entera, porque parte necesariamente de la experiencia de Dios. La teología no puede apagar la experiencia de Dios porque la presupone. Sin experiencia de Dios no hay teología. Dice Tomás de Aquino en su comentario a la carta a los hebreos:

la doctrina de la Sagrada Escritura contiene no solo asuntos para la especulación, como en geometría, sino también asuntos que tiene que aprobar el corazón [...] en las otras ciencias basta con hacerse perfecto según el intelecto; en esta, sin embargo, se requiere hacerse perfecto intelectual y afectivamente¹⁰.

Por lo tanto, no solamente la teología nace de la experiencia de Dios, de esas cosas que aprueba el corazón, sino que además alimenta la experiencia de Dios, la enriquece. Dice en otro lugar:

la persona ilustrada no solo logra el conocimiento de las cosas divinas, también las experimenta, es decir, no solo las recibe como conocimiento en su mente, sino que se vuelve una cosa con ellas por amor y afecto¹¹.

El estudio, en definitiva, nace del amor y conduce al amor. Por eso los dominicos decimos a veces que estudiamos para amar más y mejor. Como dijo Tomás de Aquino, siguiendo en esto a los teólogos de la escuela de san Víctor: *ubi amor, ibi oculus*. “Donde está el amor, allí está el ojo”, lo que también puede traducirse, quizá más libremente, como: “donde está el amor, allí está el conocimiento”. No se puede amar adecuadamente aquello que no se conoce, y no se puede conocer adecuadamente aquello que no se ama. Entre amor y conocimiento hay una maravillosa circularidad, un admirable intercambio o, como se dice ahora, retroalimentación.

10 *Super ep. ad Hb.*, c.5, lect. 2, 273.

11 *Super ep. ad Hb.*, c.5, lect. 2, 273.

VI- LA PRESENCIA DE DIOS EN EL MUNDO Y EL SILENCIO NECESARIO PARA ACOGERLA

Von Speyr veía en santo Tomás a un hombre en el que su razón no dejaba hablar a Dios, un hombre que imponía sus esquemas conceptuales a la realidad. Para ver por qué no es así, tenemos que detenernos un poco en cómo concebía santo Tomás la presencia de Dios en el mundo.

Tomás de Aquino habla de tres modos en los que Dios existe en el mundo¹². El primero de ellos, en la creación entera. El segundo, en los seres espirituales, capaces de recibir la gracia y de acercarse a Dios de un modo personal. Y el tercero, en Jesucristo, mediante la unión hipostática de las naturalezas divina y humana.

Nos interesa ahora destacar el primer modo de presencia: Dios está, existe, en la creación. La revelación bíblica libró a la humanidad del error pagano por antonomasia, cual es la identificación del mundo con Dios. Está claro que Tomás de Aquino no defendió el panteísmo. Pero una cosa es que Dios no sea el mundo y otra muy diferente que Dios no exista también en el mundo. Para Tomás de Aquino la realidad entera posee una estructura ontológica “sacramental”. Es decir, simbólica y realmente Dios está presente en el mundo. Dios está en las cosas como su ser (*esse*), aquello por lo cual existen. El *acto de existir* es en todas las cosas como una señal, como un indicador, de la presencia de Dios, de su ser operativo y de su ser creador. Dicho de otro modo: en el corazón de la realidad hay algo así como una presencia secreta de Dios, que es el que mantiene constantemente entre sus manos todos los seres, que es quien les da la existencia, quien los capacita para obrar del modo como lo hacen. La presencia de Dios es tan íntima a las cosas que las constituye. Dios está en las cosas, pero no se confunde con ellas, porque al mismo tiempo las trasciende. Dice Tomás de Aquino: “Dios está en las cosas como el que las contiene”¹³.

En la cuestión octava de la primera parte de la *Suma de Teología*, se pregunta el Aquinate si Dios está o no en todas las cosas. El ejemplo que pone para responder es bellísimo. Como el aire aparece ante nuestra vista iluminado porque está penetrado por los rayos que proceden del sol, así las cosas existen porque Dios les transmite su ser. Y continúa:

12 Cf. Jean-Pierre TORRELL, *Saint Thomas Aquinas*, Vol. 2: *Spiritual Master*, Washington, The Catholic University of America Press, pp. 69-74.

13 *Suma de Teología* I, 8, 1, ad 2.

Cuanto más existe una cosa, tanto más es necesaria en ella la presencia de Dios según su modo propio de ser. [...] El ser es lo más propio de una cosa, lo que más la penetra, ya que es lo formal de todo lo que hay en la realidad [...]. Por todo lo cual se concluye que Dios está en todas las cosas íntimamente. [...] Nada hay que no tenga en sí a Dios¹⁴.

Para el pensamiento de santo Tomás, por lo tanto, la realidad entera, todo lo que existe, es como un gran espejo que refleja algo de la luz que es Dios. Cada ser, cada animal o planta, cada átomo, cada persona, todas y cada una de las cosas que existen transmiten, llevan en sí como lo más íntimo suyo, un reflejo de la gloria del Dios que las creó. El corazón de la realidad, la existencia dentro de cada cosa, remite ineludiblemente al creador, a su sabiduría y bondad. El mundo es una cierta imagen de Dios, es incluso un símbolo suyo: hay en Él vestigios de su presencia y su ser. La bondad y la belleza, que en Dios están de modo absoluto y uniforme, están en las criaturas de modo múltiple y dividido: así, allí donde una criatura no es representación de Dios lo es otra. El universo en su conjunto es mejor imagen de la bondad y sabiduría divinas que una sola de sus criaturas. Dios es causa de la diferencia entre las cosas, imprime en el mundo la variedad y la diversidad, porque un mundo plural y variado habla más elocuentemente de lo que Dios es que un mundo homogéneo y uniforme¹⁵.

Se ve claramente que Tomás de Aquino tiene una concepción muy positiva de la realidad creada. En otro lugar de la *Suma* se pregunta el Aquinate: “¿Dios lo ama o no lo ama todo?”. Siguiendo la inspiración del *Libro de la Sabiduría*, que dice “amas todo lo que existe, y nunca has odiado lo que creaste” (11, 25), Tomás responde: “Dios ama todo lo existente. Pues todo lo existente, por existir, es bueno”¹⁶. Si Dios ama todo lo que existe... ¿no tendríamos nosotros que hacer lo mismo? Así podemos interpretarlo. Con una diferencia: nosotros amamos las cosas porque son buenas y vemos en ellas un reflejo de Dios, y Dios amándolas las crea y las hace buenas. Nuestro amor nos orienta hacia lo que es bueno para nosotros. El amor de Dios crea las cosas y con ellas su bondad intrínseca y lo que es bueno para ellas.

Según lo que hemos dicho, la realidad, su estudio, su conocimiento, es un lugar privilegiado para el camino de ascenso hasta Dios. El estudio de la realidad en todas sus dimensiones puede formar parte, perfectamente, de un camino espiritual o místico. Quizá

14 *Suma de Teología* I, 8, 1 y ad. 3.

15 Cf. *Suma de Teología* I, 47, 1 y 2.

16 *Suma de Teología* I, 20, 2.

fue esta una de las grandes innovaciones de santo Domingo al fundar la Orden de Predicadores, y así lo han visto muchos dominicos que, siguiendo la estela del fundador y de santo Tomás de Aquino, han encontrado en el estudio un camino de santidad. Como ha dicho el dominico Simon Tugwell:

Cuando vamos al fondo de las cosas, llegando hasta su verdadera existencia con nuestra inteligencia, lo que encontramos es el inescrutable misterio del acto creador de Dios... En realidad, conocer algo es encontrarnos a nosotros mismos sumergidos de cabeza en una maravilla que supera la mera curiosidad¹⁷.

La experiencia mística, por lo tanto, no es algo que se encuentre solo al principio y al final del trabajo del teólogo. Cualquier otro estudioso de cualquier dimensión de lo real puede, al comienzo o al término de su actividad, encontrarse con Dios. Como escribió Elmar Salman, “cada partícula del cosmos es una zarza ardiendo”¹⁸. Si cada una de las cosas refleja en cierta medida la luz del Creador, tanto el físico como el pedagogo, tanto el biólogo marino como el jurista, pueden tener a Dios presente en su trabajo. Dios no es un lujo reservado para los que visten muceta blanca o sotana negra. Como escribió Timothy Radcliffe, antiguo Maestro de la Orden de Predicadores, “Todas las disciplinas –literatura, poesía, filosofía, psicología, sociología, física, etc.– que intentan dar un sentido a nuestro mundo son nuestras aliadas en nuestra búsqueda de Dios”¹⁹.

Naturalmente, para vivir una experiencia así hace falta la fe, que nos sitúa ante la realidad que estudiamos científicamente con otra perspectiva. Nuestra investigación busca cómo son las cosas, pero nada impide que veamos en ese conocimiento un pequeño camino hacia la sabiduría y la bondad con la que Dios hizo todo. Para andar este camino no cualquier actitud es válida ante la realidad. Afirmar a Dios no es verificar un objeto, ni formar un concepto, sino reconocer una presencia sugerida en todas partes, pero en ninguna manifiesta. Solo cabe reconocer una presencia así por medio de un acto personal que consiste, no solo en ser consciente de esa presencia, sino sobre todo en dejarse invadir por ella, en dejarse poseer por ella²⁰.

Esto solo puede acontecer desde el silencio. Hay que callar, para que sea esa presencia en todas las cosas la que hable y nos

17 Simon TUGWELL, *Reflections on the Beatitudes*, London, Darton, 1979, p. 100.

18 Elmar SALMAN, *La palabra partida. Cristianismo y cultura postmoderna*, Madrid, PPC, 1999, p. 112.

19 Timothy RADCLIFFE, *El manantial de la esperanza*, Salamanca, San Esteban, p. 106.

20 Cf. Joseph RASSAM, *Introducción a la filosofía de santo Tomás de Aquino*, Madrid, Rialp, 1980, pp. 52-53.

maraville. En el comentario al libro de Boecio sobre la Trinidad dice Tomás de Aquino: “Dios es honrado por el silencio, no porque no podamos decir o conocer nada sobre Él, sino porque sabemos que somos incapaces de comprenderle”²¹. El silencio, que va también anejo al estudio y la investigación, hace que la realidad pueda manifestar su ser más allá de nuestras imposiciones. El estudio, la investigación, son tareas arduas, pero el sentido que surge de ellas es un don que se recibe, un regalo que hay que aceptar con gratitud.

VII-. EL FIN ÚLTIMO DEL HOMBRE: CONOCER Y AMAR A DIOS, PERO COMO A UN DESCONOCIDO

Para Tomás de Aquino el fin último del hombre no puede entenderse sin la razón, pero la razón no basta, sino que hace falta también el amor. En la *Suma contra gentiles* dice:

El fin y la última perfección del alma humana consiste en trascender por el conocimiento y el amor todo el orden creado para llegar a su primer principio, que es Dios²².

En efecto, conocimiento y amor son como los dos brazos de una pinza que aprehende el fin último de la vida humana. Conocimiento y amor son como los dos pies necesarios en el caminar del peregrino que somos hacia la patria verdadera. Pero ese Dios, nuestra meta, permanece en último término incognoscible para nosotros. Eso significa que todo esfuerzo, tanto racional como volitivo, por conocerle tiene que desembocar necesariamente en la experiencia mística. El conocimiento filosófico y teológico de Dios, así como el conocimiento científico del mundo, no es ni suficiente ni terminal. El conocimiento conceptual de Dios y del mundo es coronado por la experiencia mística, pero no como algo ajeno a la razón y que le unimos *contra natura*, sino como su fruto maduro, como su desarrollo consecuente. Como dice el profeta Isaías, “es verdad: Tú eres un Dios escondido” (Is 45, 15). Esto es, según Tomás de Aquino, “lo máximo y más perfecto de nuestro conocimiento en esta vida (...), unirnos a Dios como a un desconocido”²³.

Lo que acabo de decir puede fácilmente colegirse de las obras de santo Tomás, de lo que nos dejó escrito. Si acudimos además a

21 *Super Boet. de Trinitate*, 2, 1, ad 6.

22 *Suma contra Gentiles* III, 49.

23 *Suma contra Gentiles* III, 49.

los testimonios que conservamos sobre él, no nos quedará duda de que, además de un teólogo excepcional, era un verdadero místico. Locuciones místicas, visiones, don de lágrimas, profecía, milagros e incluso levitación: todos estos fenómenos son atribuidos a santo Tomás por aquellos que le conocieron. El examen que de sus poemas ha hecho el dominico Paul Murray muestra también, con más vehemencia si cabe, el carácter místico de santo Tomás²⁴. Lo que me interesa resaltar ahora es que ese místico lo era *en la universidad*. Y que esto no era una casualidad. El camino espiritual de santo Tomás estaba tan ligado a su actividad universitaria, que no podríamos entender el uno sin la otra. ¡Con razón es patrono de las universidades católicas! Esta es la razón, también, de que pueda ser para nosotros un modelo.

VIII-. LA ÚLTIMA EXPERIENCIA MÍSTICA: SUMERGIRSE EN EL SILENCIO QUE ESCUCHA

Con esto que hemos dicho, se comprende bien que Tomás de Aquino viese en el estudio un camino de santidad, repleto de experiencias místicas. La última de ellas fue, sin duda, la de su muerte. A medida que había ido pasando el tiempo, Tomás se hacía aún más distraído de lo que era habitual. El domingo de Pasión de 1273, mientras celebraba la eucaristía, sus ojos se llenaron de lágrimas y se quedó como paralizado. Tuvieron que sacudirle para que volviese de su trance y siguiese celebrando la eucaristía. El 6 de diciembre, unos meses después, tras celebrar la eucaristía, colgó sus instrumentos de escritura. Su asistente, fray Reginaldo, le instó a escribir... la *Suma* no estaba aún terminada. Tomás le respondió: no puedo seguir... todo me parece paja en comparación con lo que he visto y con lo que se me ha revelado". Ya en el lecho a punto de morir, mientras recibía el viático, según nos cuenta Bernardo Guy, santo Tomás dijo:

Oh precio de mi redención y alimento de mi peregrinaje, te recibo. Por tu amor he estudiado y me he esforzado y he mantenido la vigilia. Te he predicado y enseñado. Nunca he dicho conscientemente una palabra contra ti.

24 Cf. Paul MURRAY, *Tomás de Aquino orante. Biblia, poesía y mística*, traducción de Sixto J. Castro, Salamanca, San Esteban, 2015.

IX-. CAMINANDO HACIA LA SUPERACIÓN DE LOS OBSTÁCULOS ACTUALES

Al principio de mi intervención dije que el espíritu que animó a la universidad medieval, y en concreto la figura señera de Tomás de Aquino, puede aportar algo de luz en medio de la crisis en la que parece que nos encontramos. La idea de universidad como comunidad de buscadores de la verdad para el bien del hombre está, como ya dije, amenazada por el *individualismo*, el *fundamentalismo* y la *mentira*.

La *mentira* adopta en nuestros días muchos rostros. Una concepción mutilada del ser humano y de la razón son, quizá, dos de sus caras más peligrosas. Concebir al ser humano como un mero mecanismo biológico, un producto del azar sin sentido ninguno, concebir su razón como encerrada en sí misma, limitada a lo que las ciencias experimentales conocen del mundo... Son reduccionismos que podemos superar recuperando como meta de la universidad la búsqueda de la verdad. La verdad sobre el ser humano y sobre su razón va más allá de lo que el naturalismo o el cientificismo contemporáneo pretende.

En Tomás de Aquino encontramos un modelo perfecto de cómo las realidades seculares contienen en sí mismas un camino hacia la trascendencia. La razón humana no es una excepción. En todos los ámbitos del conocimiento, el *lógos* humano remite en su estructura interna al *Lógos* divino, que es su origen y causa. Las reflexiones sobre la íntima relación entre razón y fe, o sobre cómo cualquier cosa, por el hecho de existir, puede conducirnos a Dios, nos liberan de un *secularismo* que dividiría nuestro trabajo y nuestra vida en dos ámbitos absolutamente irreconciliables. La total separación entre razón y fe, entre ciencia y religión, lleva a una esquizofrenia difícil de asumir.

Frente a los *fundamentalismos* de toda índole, la apertura a la verdad de Tomás de Aquino nos enseña que estamos en camino. Nadie puede decirse poseedor de la verdad última. Nuestro caminar es siempre penúltimo. El *homo viator*, el peregrino que somos, tiene que andar sin cesar, a sabiendas de que, como dijo en su día el papa Benedicto XVI, no podemos poseer del todo la verdad, “más bien es ella la que nos posee a nosotros y nos motiva”²⁵. Nuestro

25 *Discurso a los jóvenes profesores universitarios*, en san Lorenzo de El Escorial, 19 de agosto del 2011.

modo de conocer es tal que nunca alcanza a poseer una imagen exhaustiva de la realidad, y mucho menos de Dios, que permanece siempre más allá de nuestras capacidades. Pascal dijo que en el mundo hay suficiente luz para los que quieren ver y suficiente oscuridad para los que quieren permanecer en tinieblas. Algo así ocurre con nuestro conocimiento: limitado, pero algo nos dice sobre cómo es el mundo y sobre cómo es Dios. Ese conocimiento nos aporta además la experiencia de un sentido. Por eso estudiar es, como dijo Timothy Radcliffe, un “acto de esperanza”: “Estudiar –escribió el anterior Maestro de la Orden– es un acto de esperanza, puesto que expresa nuestra confianza en que nuestra vida y los sufrimientos de la gente tienen un significado”²⁶.

Frente al *individualismo* aprendemos de santo Tomás –y del espíritu de la universidad medieval a la que él perteneció– que la búsqueda de la verdad es una tarea comunitaria. No podemos caminar solos. Esto se refleja en la estructura de una universidad, donde la convivencia de unos con otros no es la menos importante de las provisiones en nuestro camino hacia la verdad. A un nivel profesional, y desde luego a un nivel humano, lo más importante que hemos de aprender y enseñar en la universidad se cifra y se juega en nuestras relaciones con los demás. Una comunidad es algo más que un grupo de personas que comparten un interés, es más que una asociación con fines instrumentales. Una comunidad es una fraternidad de personas en la que, en cierto modo, se vive y se comparte esa verdad que se busca. La universidad, sobre todo si es católica, no debe olvidar este aspecto.

Otra consecuencia de la búsqueda comunitaria de la verdad es la pluralidad e interdisciplinariedad de su planteamiento. Ninguna sabiduría, ningún conocimiento debe ser excluido de antemano. Cada tradición, cada modo de ver el mundo puede aportar una perspectiva valiosa a la hora de ahondar en la estructura y el sentido del mundo. Tomás de Aquino expresó esto mismo con otras palabras: *toda verdad, diga quien la diga, viene del Espíritu Santo*. El hombre medieval supo buscar y escuchar en el paganismo, en otras culturas y en otras tradiciones religiosas lo que podía enriquecer y fortalecer la suya. Nada nos impide seguir este ejemplo.

Recuperar como meta de la universidad la búsqueda comunitaria de la verdad para el bien de la humanidad nos introduce en una

26 Timothy RADCLIFFE, *El manantial de la esperanza*, Salamanca, San Esteban, p. 102.

mentalidad humanista e integradora. Se trata de un planteamiento integral, que podemos denominar *sapiencial*. La sabiduría no prescinde del conocimiento científico, sino que lo asume y lo lleva más allá. La sabiduría abre la ciencia a la vida, nos enseña cómo desenvolvernos en ella, nos orienta hacia los fines más elevados a los que estamos llamados. El papa Benedicto XVI escribió en un hermoso discurso:

La verdad es ante todo algo del ver, del comprender, de la teoría, como la llama la tradición griega. Pero la verdad nunca es sólo teórica. San Agustín, al establecer una correlación entre las Bienaventuranzas del Sermón de la montaña y los dones del Espíritu que se mencionan en Isaías 11, habló de una reciprocidad entre “scientia” y “tristitia”: el simple saber –dice– produce tristeza. Y, en efecto, quien sólo ve y percibe todo lo que sucede en el mundo acaba por entristecerse. Pero la verdad significa algo más que el saber: el conocimiento de la verdad tiene como finalidad el conocimiento del bien. Este es también el sentido del interrogante socrático: ¿Cuál es el bien que nos hace verdaderos? La verdad nos hace buenos, y la bondad es verdadera: este es el optimismo que reina en la fe cristiana, porque a ella se le concedió la visión del Logos, de la Razón creadora que, en la encarnación de Dios, se reveló al mismo tiempo como el Bien, como la Bondad misma²⁷.

Nuestro mundo tiene necesidad de *saber*, pero más aún de *sabiduría*. El oficio de sabio, que tanto intentó cultivar Tomás de Aquino, es el más perfecto, sublime, útil y alegre de todos los estudios humanos. En sus propias palabras:

Más perfecto ciertamente, pues, el hombre, en la medida que se da al estudio de la sabiduría, posee ya de alguna forma la verdadera bienaventuranza. Por eso dice el Sabio [se refiere a Eccl 14,22]: *Dichoso el hombre que medita la sabiduría*. Más sublime, pues por él el hombre se asemeja principalmente a Dios, que *todo lo hizo sabiamente* [Sal 103], y como la semejanza es causa de amor, el estudio de la sabiduría une especialmente a Dios por amistad, y así se dice de ella que *es para los hombres tesoro inagotable, y los que de él se aprovechan se hacen partícipes de la amistad divina* [Sab 7,14]. Más útil, pues la sabiduría es camino para llegar al reino de la inmortalidad: *El deseo de la sabiduría conduce a reinar por siempre* [Sab 2,21]. Y más alegre, pues *no es amarga su conversación ni dolorosa su convivencia, sino alegría y gozo* [Sab 8,16]²⁸.

27 *Suma contra gentiles*, I, 2.

28 *Suma contra gentiles*, I, 2.

X- CONCLUSIÓN

Espero que esta breve reflexión haya servido para poner de manifiesto que cuando interpretamos a Tomás de Aquino como un “místico universitario”, ganamos una perspectiva sobre él y su obra que es más justa con la realidad histórica que otras imágenes menos adecuadas, como la que nos ofrece von Speyr.

Pero mi interés no ha sido solamente hacer justicia histórica al Aquinate, sino intentar mostrar por qué puede ser un ejemplo para nosotros, que –si me permiten decirlo así– pertenecemos a la especie *homo universitatis*. El teólogo Karl Rahner (1904-1984) escribió hace ya un tiempo:

Cabría decir que el cristiano del futuro o será un ‘místico’, es decir, una persona que ha ‘experimentado’ algo o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales²⁹.

En efecto: el cristiano será místico o no será. La universidad, especialmente si es católica, no escapa a la verdad de este *dictum*. La universidad no debería concebirse como un espacio al margen de toda posible experiencia religiosa. Nuestra actividad universitaria, sin renunciar al rigor y a las exigencias propias de cada disciplina, debe integrarse en el todo mayor de nuestra búsqueda personal y comunitaria de Dios. Santo Tomás de Aquino y la tradición espiritual de la Orden de Predicadores nos ofrecen varios elementos para realizar esta integración armónicamente. Concebir la universidad como una búsqueda comunitaria de la verdad para el bien del ser humano; armonizar razón y fe; partir de un concepto amplio de la racionalidad humana –intrínsecamente abierta a la trascendencia– que huya de todo fundamentalismo o reduccionismo; educar nuestra mirada para percibir la presencia de Dios en la creación y aprender a maravillarnos constantemente ante esa presencia, que debe ser acogida en el silencio y la oración; aceptar la humildad ante el Misterio que conlleva toda búsqueda verdadera; intentar vivir en nuestra comunidad universitaria la verdad perseguida; aceptar que el sentido se recibe como un don; abrirnos a los posibles aportes que a nuestra búsqueda pudiesen venir de otras personas, ámbitos intelectuales, culturas o modos de concebir el mundo; ver en nuestro estudio y en nuestro trabajo, no solamente un ámbito en el que desarrollarnos profesio-

²⁹ Karl RAHNER, “Espiritualidad antigua y actual”, en *Escritos de Teología*, vol. VII, Madrid, 1969, p. 25.

nalmente, sino un ámbito propicio, quizá privilegiado, para vivir un verdadero camino espiritual que nos pueda ayudar a alcanzar, en la medida de nuestras posibilidades, la plenitud de lo humano.

Si en nuestras universidades católicas podemos vivir esto, no solamente aportaremos a la sociedad nuevos *conocimientos* científicos, no solamente estaremos formando *profesionales*, sino que estaremos también educando *personas* libres, críticas, equilibradas, comprometidas y justas cuya vida esté impregnada de una auténtica *sabiduría cristiana*. Y si no... ¿para qué universidades?



Universidad Católica de Valencia
San Vicente Mártir